

EL ECO DE CARTAGENA.

Sabado 7 de Febrero de 1880.

LA MARINA DE GUERRA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

X.

No hay gloria en la esfera de la humanidad que no tenga su lado triste; así como común es el ver crecer junto al laurel, que emblema es de la victoria, al sauce que representa el sentimiento. La vida es una amalgama, en la que entran en horrible alternativa el placer con el dolor, la satisfacción con el pesar, la ilusión con el desencanto; y esto que sucede en el orden individual, o vemos reflejarse en la vida de los pueblos, en las grandes colectividades; las naciones cantan ó lloran, dilatan su espíritu, ó le contraen, según que sobre ellas se dejan sentir los accidentes de la fortuna. En la historia de cualquiera de estas agrupaciones humanas hemos de ver un cuadro más acabado de ello.

Por eso no debe causar extrañeza si cambiamos aquí el arpa de Osián por el sentimental laúd. Las Dunas es el lado triste de esa serie de glorias que alumbra radiante sol en Salinas de Anaya Estrecho de Gibraltar, Larache, Fuengirola, Orbitelo, Cádiz, Ibiza, Dunquerque y Canal de la Mancha; es el sauce en campo de laureles, donde, al par de las flebreras coronas, hemos de cojerlos, y muy frescos con que ornar una vez más la frente del inmortal Oquendo.

Hallábase el intrépido marino fondeado en las Dunas con una parte de su escuadra, tras rudo combate sostenido con otra holandesa de treinta y dos navios, cuando se vió sorprendido por esta, reforzada hasta el número de ciento catorce bajeles; Oquendo solo contaba con veintuno. Trabar combate en aquella actitud, y en proporciones tan desiguales, parecía intento hasta temerario; mucho más cuanto, como decía en su parte al rey, tanto recelaba del enemigo como del amigo dudoso, refiriéndose al almirante inglés que le brindaba asilo detrás de sus navios; así es que formó el atrevido designio de darse á la mar y presentar la batalla, lo cual visto por su adversario, tomaron la vuelta de fuera en espera de los españoles. Formados estos en orden conveniente esperaron la embestida. Formidable, terrible, como no podía por menos, fué el choque; sin embargo: nuestros buques lo resistieron valerosamente, devolviendo tiro por tiro, descarga por descarga. Sin duda el almirante holandés, fiado en la superioridad de sus fuerzas, esperaba

una rendición inmediata, ó cuando ménos, un abatimiento manifestó que diera lugar á ello; pero al ver su actitud y disposición de ánimo, que llevaba trazas de llegar hasta el último extremo de la resistencia, pensó de otro modo. Entónces subdividió sus fuerzas en tantas agrupaciones cuantos eran nuestros buques, para batirlos en detail, con órdenes cada una de rendirlos ó incendiarlos.

El primero que se vió atacado por tan descomunales fuerzas, fué el navio *Santa Teresa* que mandaba don Lope de Hoces, contra el cual se lanzaron, nada menos que ocho navios.

Encerrado en un círculo de fuego, no por eso se anonadó su valeroso capitán, dispuesto á morir ántes que arriar su bandera; el *Galicia* se revolvía contra todos, sin dar lugar á que ninguno se le acercase. Las punterías dirigidas á las líneas de afloje, fueron tan certeras que logró echar á pique á algunos de ellos. Esto, y á que ya se desesperaba de su rendición, llevó á los holandeses al último, y nada honroso recurso de incendiarlo con mistos arrojados, como así sucedió, sucumbiendo entre las llamas aquel hermoso bajel, digno palenque del castellano honor, entre las cuales hallaron heroico martirio y gloria impeccedera su valiente capitán D. Lope y la mayor parte de su gente.

Cuando esto sucedía, el combate se había hecho ya general: todos valientes, aunque no con igual fortuna, los demás navios se defendían á la desesperada de sus numerosos contrarios; la sangre española corría en abundancia por los inbornales; faltaban á las fuerzas; mermadas por la muerte las tripulaciones, ni quedaban artilleros que apuntasen los cañones, ni gente con alientos para manejarlos. Por eso vemos á seis de nuestros navios caer en poder de los holandeses, uno de ellos la capitana de *Galicia*, en que iba el almirante Feijoo, el cual se quedó con solo trece hombres; el resto de la tripulación había perecido.

Los demás tuvieron la suerte de escapar aunque con grandes destrozos y pérdida de gente, llevando en sus costados el sello de su heroísmo, abierto por la muchedumbre de las balas enemigas. Quedaba solo la capitana real, el buque de Oquendo, lo que equivale á decir, el invencible.

Hasta entónces había estado batiéndose con cuatro navios; pero ya solo en el mar de batalla, se vé venir sobre él á toda la armada holandesa. Su suerte parecía estar ya decidida; ó hundirse en el abismo, ó seguir de remolque del vencedor. Así debieron comprenderlo todos los que aún quedaban sobre la cubierta

de aquel movible y destrozado ba-luarte, y así hubo manifestarlo á su comandante uno de los pilotos, proponiéndole la huida. No permita Dios le repuso el valeroso Oquendo, que menoscabe mi reputación con mancha tan grande; jamás el enemigo, añadió, me ha visto las espaldas; lo que se ha de hacer, es arriar las velas y esperarle. Una breve y sentida arenga bastó para comunicar el fuego de aquella alma á la desalentada tripulación, y un momento despues cada cual ocupa su puesto, en medio de un profundo silencio, de ese silencio con que se espera á la muerte, cuando esta es inevitable.

Uno tras otro, todos los navios enemigos fueron pasando á una respetuosa distancia por los costados de la capitana, haciéndole su correspondiente descarga, á que contestaba esta con las suyas; y los que más osados se atrevieron á acercarse, no quedaron, según expresión del mismo Oquendo, para repetir su ensayo. La mayor parte de los veinte bajeles que perdieron en esta función los holandeses, debido fué á las balas de su navio. El almirante enemigo, como, avergonzado de no poder rendir al único navio español que seguía sosteniendo el honor de su bandera contra todo el poder de su armada, se decidió por el último y más terrible recurso de la táctica de mar: el abordage, lanzándose por sí mismo con su almiranta á la operación, seguido de otros dos navios; pero una descarga de la artillería de la española, tan nutrida como acertada, les hace virar y tomar la vuelta de fuera: tal fué el espanto y la confusión que sus balas llevarían abordo de las naves enemigas. La capitana real de España con D. Antonio Oquendo dentro, es invencible, dijo el almirante holandés á su gobierno al hacerle cargo por haberla dejado escapar. La noche puso tupido velo entre españoles y holandeses, y al amparo de sus sombras pudo Oquendo abandonar las aguas que teatro fueron de horrores durante todo el día, llevando en los costados y arboladura de su navio las huellas de mil setecientos balazos, y en Mardick encontró puerto amigo donde descansar de sus fatigas, y reponerse de sus desastres. Un gran decaimiento en su salud, y el no haberse podido entregar al descanso en mas de cuarenta noches, hubieron de rendirle en cama, presa de lenta fiebre. Desde una ventana de su aposento recreaba su espíritu con la vista del mar, y contemplando un día su capitana, se le oyó exclamar: á mi ya no me falta más que morir despues de haber traído con reputación á este puerto aquella nao y aquel estandarte.

En Mardick se le fueron incorporando algunos de los bajeles que pu-

dieron escapar del general desastre, y con ellos dió la vela para España echando el ancla en el puerto de Pá-sages, milla y media de su casa.

Los médicos le propusieron la conveniencia de quedarse á restablecerse en ella; pero él, anteponiendo sus deberes militares á su propia conservación, contestó que la orden que tenía era de volver á la Coruña, y que nunca podría mirar mejor por sí que cuando acreditase su obediencia con la muerte.

Sin duda la presentia, y allá marchó á encontrarla, vencido por la fiebre, cayó de nuevo en el lecho, y pidió á los médicos que cuando ya fuesen ineficaces los remedios humanos, le permitiesen beber un vaso de agua con que apagar su ardiente sed. Próximo ya á los últimos instantes de la vida, llegó el caso de complacerse en su deseo; pero al presentarle el vaso, tomólo ansiosamente en sus manos, y vertiéndolo ofreció á Dios el sacrificio del último de sus gustos. Pocos momentos despues, D. Antonio Oquendo fijó sus ojos en el crucifijo que estrechaban sus manos; rindió su espíritu, al tiempo en que el Santísimo Sacramento pasaba por la puerta de su casa. Era el día del Corpus del año de mil seiscientos cuarenta.

Cuenta el sacerdote que le auxilió que al tiempo de comenzar á salir de la Iglesia la procesion, hubo de apercibirse el ilustre enfermo del estruendo de las salvas de la artillería, y creyendo en su delirio que se disparaba contra enemigos, hizo un esfuerzo para incorporarse, y se le oyeron pronunciar remisamente estas palabras: «enemigos! enemigos!» dejadme ir á la capitana para defender la armada, y morir en ella!

Estas fueron sus últimas palabras. D. Antonio Oquendo bajó al sepulcro á los sesenta y tres años de edad y cuarenta y siete de servicio; dejando á la posteridad la gloria de su nombre, acreditada en cien combates, en ninguno de los cuales se le vió arriar su bandera; llegando á ser el terror de los mares. Como todo hombre de valor, tuvo sus émulos y sus enemigos encubiertos, que no pararon hasta hacerlo caer de la gracia del rey, por lo que se vió perseguido y encerrado en el presidio de Fuenterrabia.

Bien pudo llorar Felipe IV la muerte de Oquendo. Pocos meses despues el almirante marqués de Brézé que mandaba las fuerzas navales de Francia, derrota la flota castellana cerca de Cádiz. Cinco de nuestros galeones quedaron destruidos en esta jornada; el navio almirante se fué á pique con su valioso cargamento estimado en más de seiscientos mil escudos de oro; y mil y quinientos de nuestros marineros hallaron honrosa tumba en el fondo del Océano.